

Globalización: Mito y realidad

Jürgen Schuldt

Jaime Astudillo Romero

Marena Briones Velasteguí

José María Tortosa

Juan Francisco Martín Seco

**FRIEDRICH
EBERT** 
STIFTUNG


ILDIS


EDITORIAL

338

351

7628
5775
Ecuador

GLOBALIZACION: MITO Y REALIDAD

Autores: Jürgen Schuldt, Jaime Astudillo Romero, Marena Briones Velasteguí, José María Tortosa y Juan Francisco Martín Seco

Edición: ILDIS (Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales)
Calle: José Calama Nº 354 y Juan León Mera
Casilla: 17-03-367
Teléfonos: (593-2) 562103 / 563664
Fax: (593-2) 504337
E-mail: ildis1@ildis.org.ec
Quito-Ecuador

TRAMASOCIAL Editorial
Calle: Reina Victoria 447 y Roca Of. 2-B
Casilla: 17-21-354
Teléfono: (593-2) 529246
E-mail: tramasoc@uio.satnet.net
Quito-Ecuador

Diseño de portada y diagramación: Eduardo Sánchez R.

Registro Nacional de Derechos de Autor Nº 012204 de septiembre 17/98
ISBN: 9978-40-660-3

Impreso en Imprenta Tinta Fresca-Teléfono: 566320
Quito-Ecuador - septiembre de 1998

Indice

Presentación	7
Desmitificando el concepto de globalización <i>Jürgen Schuldt</i>	9
Globalización y diversidad <i>Jaime Astudillo Romero</i>	39
La globalización y las mujeres ¿Una cuestión de identidad? <i>Marena Briones Velasteguí</i>	57
Globalización y diferencias culturales <i>José María Tortosa</i>	69
Posibilidades y limitaciones del sistema internacional económico contemporáneo <i>Juan Francisco Martín Seco</i>	87

Globalización y diversidad

Reflexiones en torno a la cultura regional*

— *Jaime Astudillo Romero***

Múltiples y complejos son los aspectos que configuran la forma y el contenido del contrapunto, del juego de contrastes que constituye la relación entre cultura y modernización en los tiempos que decurren.

Una primera aproximación de carácter general al contexto actual, nos permite constatar una tendencia desigual, no consolidada pero evidente hacia la globalización o mundialización de procesos económicos, políticos y socioculturales que adquieren un sentido planetario, contando para ello con la dinámica que imponen la tecnología de las comunicaciones masivas, de la informá-

* Ponencia presentada en el Seminario "Cultura e identidad en la época de la globalización", auspiciado por: Fundación Friedrich Ebert, Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales y Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay, Cuenca, 18 de junio de 1997

** Doctor en Jurisprudencia. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociales. Técnico Urbanista. Vicerrector y Profesor de la Universidad de Cuenca.

tica y la telemática. La circulación mundial de valores y símbolos al tener un matiz unidireccional y un carácter claramente impositivo, genera múltiples efectos negativos, entre ellos, una homogeneización y uniformación creciente de formas de ser y actuar, una desconstrucción paulatina de las identidades socioculturales y por tanto de la diversidad, condición, hasta ahora, característica del mundo contemporáneo en la cual residen muchas de sus fortalezas y sus opciones futuras.

Sin embargo, concomitantemente con este cosmopolitismo homogeneizador y en gran parte como una respuesta a sus efectos, el mundo contemporáneo vive un creciente proceso de afirmación de la diversidad, de construcción y reconstrucción de identidades que se sustentan en nuevos procesos y actores sociales y en ámbitos espaciales cada vez más desagregados. No sólo casos extremos como la resurrección de una variada gama de fundamentalismos e intreganismos con diversa génesis, sino la revalorización de los “pequeños sucesos”, de las diferencias como sustento de la identidad y a la vez de diálogo entre interlocutores distintos, la reivindicación del espacio local y regional como ámbitos privilegiados para la realización de la vida cotidiana y de la cultura son prueba importante de esta tendencia hacia la heterogeneización y del sistema de cruces oblicuos, contradicciones y matices que enmarcan la compleja relación entre globalización y fragmentación cultural.

1. Los efectos de la globalización

a. Las recientes transformaciones estructurales del mundo han afirmado la existencia de una crisis de civilización, una crisis del proyecto de modernidad, cuyos epifenómenos más notables son: la auto afirmación excluyente de un capitalismo neoliberal, realista y puritano que ha extendido al campo cultural sus rasgos de deterioro, degradación y erosión de los valores colectivos; la

constitución de un mundo unipolar sustentado en un primitivo y despiadado esquema mercantilista, que amenaza con una homogeneización compulsiva de la vida humana y su diversidad; el retorno a los fundamentalismos y la histeria xenófoba; la deslegitimación de todo espacio público, de toda dimensión que tenga que ver con la vigencia de una ética colectiva y solidaria; la deliberada desinversión en el capital humano y el consecuente deterioro masivo de las condiciones de vida de la población. Características de un contexto que ha reducido el arte, la imaginación, la memoria, la literatura, el poder reflexivo del hombre sobre sí mismo y su futuro, al nivel estrictamente permisible de lo no útil, lo superfluo, lo suntuoso, al nivel de lo que puede y debe ser sacrificado en primer lugar para satisfacer el fetichismo de un mundo signado con la hegemonía creciente de una razón instrumental presuntuosa y hasta ahora irrefutable.

Las necesidades culturales han sido ubicadas en el último peldaño de las necesidades humanas. En efecto, la agenda diseñada en 1988 por la UNESCO para la cultura plantea promover: el reconocimiento de la dimensión cultural del desarrollo; la afirmación y enriquecimiento de las identidades culturales; la ampliación de la participación en la vida cultural; y, la promoción de la cooperación cultural internacional. En 1997, es fácil constatar que esta positiva iniciativa no ha tenido la vigencia ni los resultados esperados. La dimensión cultural en todos los países ha sufrido un deterioro considerable, especialmente en aquellos afectados por el subdesarrollo y sus limitaciones concomitantes.

b. La constitución acelerada del mundo contemporáneo en la añorada *global village* de MacLuhan o el estado homogéneo universal de Fukuyama que deberá surgir del fin de la historia y por tanto del triunfo supuestamente inobjetable de la ideología liberal clásica y de la democracia representativa como su sistema político social, induce modificaciones esenciales en los patrones culturales preexistentes y genera actitudes, en muchos casos,

proclives a la depredación cultural.

La difusión simultánea y mundial de las mismas informaciones y modelos de consumo y de culturas o formas de ser y actuar, originan un despojo paulatino de la identidad del sujeto de la cultura, de su historia y de sus formas diferenciadas de expresión. Una cultura que pretende construir deliberadamente una homogeneización compulsiva de los patrones de consumo cultural, reduce los códigos culturales a mercancías, convierte al consumidor en un sujeto pasivo, amorfo, superfluo, sin intereses específicos ni formas de conciencia propios, sometido a un mercado interno y externo delimitado por aspiraciones, deseos e intereses económico-culturales impuestos.

c. La globalización tiene un eje esencialmente económico con obvias derivaciones políticas y culturales. Un signo inequívoco que sustenta tanto la razón de ser general del actual sistema como su proceso de globalización es el desarrollo hiperbólico del mercado. Un mercado que dicta las reglas económicas, que incluso ha desplazado la producción por el intercambio, transformando todo en mercancías sujetas al juego casi siempre despiadado de la oferta y la demanda. Hemos vivido y estamos viviendo una civilización de las cosas y no de las personas, de las mercancías y no de los seres humanos.

La vigencia de los patrones del mercado mundial contemporáneo y sus tendencias homogeneizadoras, han actualizado el tema de la relación conflictiva y polémica, entre los diferentes predicados de la cultura y particularmente los conceptos que caracterizan este debate: cultura popular, cultura erudita y cultura de masas. Tres pisos que conforman esa concepción hojaldrada del mundo de la cultura a la que se refiere García Canclini que debe ser deconstruida en sus múltiples hibridaciones y con las herramientas necesarias: ciencias sociales nómadas capaces de circular por las escaleras que comunican estos pisos, según este autor.

Diego Iturralde afirma que crear y difundir una cultura de masas es, al mismo tiempo, crear las masas.¹ pues la cultura de masas conlleva la creación de un código cultural simplificado que a la vez que tiende a homogeneizar el sentido cultural diverso de las comunidades sociales, tiende también a legitimar los valores y formas de vida de las culturas dominantes sobre las subalternas o dominadas.

La oposición creciente entre la lógica socio-económica impuesta por el mercado y las necesidades sociales y culturales, ha impuesto un conjunto de determinaciones negativas como son:

- la disminución de la calidad estética en la producción artística culta;
- la sustitución o deformación, a veces violenta, de valores intrínsecos de lo popular;
- el congelamiento de la circulación de los bienes simbólicos en colecciones, museos, palacios, bienales y otros centros exclusivos;
- el desarrollo hiperbólico de determinados productos culturales más susceptibles de incorporarse al mercado.

Es notoria la desvalorización que han sufrido en los últimos tiempos, ciertos productos culturales, que no han sido incorporados ya sea masiva o selectivamente al mercado. Un buen ejemplo es la diferencia que existe en la región centro-sur del Ecuador, entre el valor de cambio que han adquirido la creación plástica con relación a la tradicional producción literaria o, los productos artesanales que se consumen en el mercado turístico en relación con la artesanía artística y creativa.

1 Iturralde, Diego. *Práctica Política y Proyectos culturales*. En: *Historia, cultura y política en el Ecuador*. Quito, Editorial El Conejo-IDIS, 1988.

La presencia en el Ecuador de estas manifestaciones culturales cuyo marco conceptual apenas esbozamos, es evidente como también lo es, el panorama complejo y contradictorio de sus interrelaciones y del proceso de hibridación creciente que se produce entre ellas, proceso este último, en el que es posible reconocer una marcada preeminencia tendencial de la cultura de masas sobre la cultura erudita y popular; siendo por lo mismo necesario abordar el objetivo nada fácil de crear las condiciones para la promoción de estas formas de cultura, relativamente subordinadas, en el marco de una perspectiva amplia dirigida hacia la diversificación del consumo cultural que permitan la práctica del derecho a elegir y escoger.

d. Una creciente individualización de la vida social, profundiza las diferencias entre lo público y lo privado y exagera la pérdida de la noción y el sentido que tiene compartir espacios, momentos, ritos y acciones que sustentan la constitución de las culturas.

A partir de la década de los setenta, con la consolidación del proceso de modernización que vive el país, se promueve la ruptura acelerada de las formas de producción y del sistema tradicional con que hemos vivido y hemos pensado en nosotros mismos. La estructura urbana de nuestras ciudades ha sufrido una notable transformación que incide en sus cambios culturales. La ciudad es ante todo un centro de comunicación en el que circulan un conjunto de mensajes, símbolos y signos comunicativos que configuran el entramado urbano como un sistema que recopila, almacena, clasifica y distribuye información. La sustitución progresiva del oikos urbano por el individual, familiar o empresarial, ha significado una separación creciente del ciudadano de su espacio inmediato, de la población respecto de los espacios públicos.

e. La declaración universal de los derechos del hombre recono-

ce el derecho a la cultura, incluyendo en el texto de su artículo 27 el derecho a participar del progreso científico y sus beneficios que incorpora adecuadamente, como no podía ser de otra manera, la ciencia como una parte esencial de la cultura. Sin embargo en este importante ámbito, conviene destacar solamente un rasgo que afecta el principio y la necesidad urgente de contar con la autonomía suficiente para resolver nuestros específicos problemas de acuerdo con nuestras prioridades: una evidente dependencia cultural ligada con matices financieros, se esconde en la conformación de las llamadas “main streams”, parte esencial de la cultura tecnológica que establece prioridades del mundo desarrollado que estamos obligados a aceptar.

2. Las políticas culturales en el Ecuador. Factor coadyuvante de la homogeneización

A partir de la década de los cincuenta en el Ecuador se han reproducido cíclicamente, por lo menos alguna de las siguientes concepciones sobre la cultura con evidentes efectos de homogeneización y negación de la diversidad:

- La supuesta existencia de una cultura nacional basada en una irreal unidad y homogeneidad de la sociedad ecuatoriana, articulada política y socialmente por un Estado unitario convertido en sujeto esencial de la cultura nacional. Esta noción ha llevado a proponer en el plano de las políticas culturales, la necesidad de rescatar y promover la defensa de la identidad y la cultura nacionales desconociendo la evidencia de que en el Ecuador existe una diversidad de culturas que se interrelacionan entre sí de diferentes maneras y que todas por igual tienen derecho a pervivir y desarrollarse desde su autonomía y sus diferencias.

- Una concepción patrimonialista de la cultura, muy ligada a la anterior, orientada hacia la conservación y reconstitución de los productos culturales del pasado, como sustento para la recuperación y conservación de la identidad cultural nacional, que ha llevado a privilegiar la restauración de monumentos culturales, la instauración de museos, la preeminencia de una visión arqueológica de lo cultural.
- Una concepción que privilegia los objetos sobre las prácticas y procesos culturales, que ha reducido la gestión cultural estatal a la dotación de servicios e infraestructura o a la promoción preferente de productos vinculados con la cultura erudita y no en la totalidad el imaginario cultural colectivo y sus diversas manifestaciones. Persiste asimismo la tendencia a espiritualizar la producción cultural bajo el aspecto de la “creación” artística separándola por ejemplo el arte de las artesanías y a congelar la circulación de los bienes simbólicos.
- El difusionismo cultural que ha sido el sustento del mecenazgo estatal o privado y en gran medida de la asimilación de la promoción cultural con la idea del espectáculo o con una función esencialmente recreativa de la misma.
- La acción cultural ha sido genéricamente considerada un momento y un espacio subsidiario de la educación, restringiendo de manera notable los amplios y ecuménicos contenidos del todo a los procesos más limitados y operativos de una de sus partes.
- En lo que se refiere a su contenido creativo, el ámbito cultural se ha limitado al campo de las llamadas “bellas artes” y a muy pocas manifestaciones del pensamiento. Esto ha llevado a que paulatinamente, el Estado, las instituciones, la sociedad y los propios intelectuales o artistas compartan en mayor o menor grado una noción de cultura que le asigna un papel secundario, ornamental en el espacio de las necesidades comunitarias.

3. La heterogeneización cultural. Un proceso en ciernes

Conforme indicamos, conjuntamente y en relación contradictoria con las tendencias de la globalización y como una reacción lógica e inevitable al efecto centrífugo de la transnacionalización de la cultura, el mundo contemporáneo vive un creciente proceso de afirmación de la diversidad, de construcción y reconstrucción de identidades que se sustentan en nuevos procesos y actores sociales y en ámbitos espaciales cada vez más desagregados.

En términos de José Sánchez Parga, la respuesta compensatoria a la entropía cultural que ocasiona la homogeneización, es el proceso inverso de negentropía cultural por el cual y en base a los efectos de una dinámica centrípeta “comienzan a fracturarse y recomponerse nuevas territorialidades culturales o se actualizan antiguos perímetros culturales con diferencias más marcadas”, propiciando un “proceso de heterogeneizaciones culturales, de particularismos culturales, que afirman con mayor vigor sus microdiferencias.”²

En esta perspectiva y a pesar de la globalización, la dimensión territorial de lo cultural empieza a recuperar su importancia, se fortalece en la constatación fáctica del avance que ha tenido en los últimos tiempos lo local como espacio de reflexión y acción colectivas, lo regional como ámbito socio-espacial capaz de inspirar proyectos de desarrollo, orientar estrategias de resistencia cultural, gestar consensos con mayor facilidad y pertinencia que a otros niveles como el nacional o el internacional. Más aún, demuestran ser espacios privilegiados para la sustitución del mito moderno de la igualdad de los desiguales por el reconocimiento de la diversidad que, fenomenológicamente, tiene que ver con el

2 Sánchez-Parga, José, Globalización, Gobernabilidad y Cultura. ILDIS. Ediciones Abya-Yala. Quito. Febrero de 1997. p.74

concepto de alteridad, antropológicamente con la negación del etnocentrismo y culturalmente con la búsqueda de una real unidad del hombre a través del prisma de la variedad.

Estos procesos de diferenciación han demostrado también cuan posible y necesario es el fortalecimiento de procesos identitarios, como fuente de cohesión social, como una imagen propia para relacionarse con otras imágenes, como un punto de vista para no replegarse en sí mismo, matando el cosmopolitismo, sino para afirmar una actitud de apertura y de integración con el mundo.

En esta perspectiva, dos elementos se convierten, a nuestro juicio, en condición y sustento inevitable de los procesos de integración cultural: el fortalecimiento de la diversidad cultural en sus diferentes manifestaciones y particularmente en sus variados niveles de territorialización y la ampliación de la noción conceptual y temática de la cultura.

3.1. EL PRISMA DE LA DIVERSIDAD CULTURAL

La búsqueda de la unidad e identidad cultural de América Latina, casi siempre sustentada en el error de hiperbolizar lo similar eliminando las diferencias y, por tanto, creando la ficción de una sociedad unitaria y de una cultura única, ha dado paso en los últimos años a la evidencia de que nuestras sociedades son eminentemente multiculturales. La descripción que hace Daniel Mato de los procesos actuales de construcción de identidades culturales transnacionales en la región-América Latina, da cuenta de esta diversidad y de los intensos cruces de comunicación intercultural que la caracterizan. Mato identifica por lo menos los siguientes procesos: identidad transnacional panamerindia; diversas identidades transnacionales “latino”americanistas: identidad transnacional afroamericana; identidad transnacional caribeño “latino” americana; identidad transnacional iberoamericana.

En el ámbito de las sociedades nacionales modernas (cuya existencia está cuestionada ahora por la vigencia de la mundialización o globalización) la constatación creciente de que el concepto socio-cultural de Nación, como expresión ideal de sociedad unitaria, sujeto de una supuesta cultura nacional, única e indivisible no es más que una ficción construida y reproducida simbólicamente a través del signo del Estado Nacional, que ha fortalecido la presencia cada vez más activa de movimientos y fuerzas sociales que niegan cotidianamente este principio al reivindicar su particularidad cultural, han actualizado la noción de lo multicultural y lo multinacional y han recuperado el valor de lo local y lo regional como espacios de realización cultural.

Para citar un ejemplo local, la dinámica coexistencia en la región centro-sur del Ecuador de por lo menos: una cultura indígena representada por las comunidades quichua y shuar; una cultura mestizo campesina y una cultura mestizo urbana, así como de las expresiones formales y de contenido de las culturas erudita, popular y de masas y de los variados procesos de hibridación que las cruzan, constituye un indicador elocuente de que no existe una sola cultura regional y que la búsqueda de una identidad a más de inútil es equivocado, siendo preciso más bien promover el florecimiento de las particularidades de cada cultura en un ambiente de auténtica libertad y pluralismo, como medio para fortalecer la constitución de varias identidades, como formas de expresión de cosmovisiones distintas, de comunidades diversas que pueden confluir en las tradiciones culturales íntimas, relativamente permanentes y comunes para articular su unidad en la diversidad.

3.2. HACIA UNA NOCIÓN RENOVADA DE CULTURA

La insurgencia de nuevos actores o sujetos sociales en el escenario contemporáneo, el movimiento indígena, los movimientos urbanos y de género, la actividad de los intelectuales, la preocu-

pación por la cotidianidad y la recreación de sus lenguajes propios, la traslación de la creación artística hacia sujetos distintos y nuevos, hacia conflictos más individuales que colectivos, el despojo de los ropajes éticos y políticos que afectaron el fondo y la forma del arte, para citar ejemplos, han actualizado también el tema de la diversidad cultural y por tanto de la necesidad de redefinir los alcances y límites conceptuales de la cultura, adoptando una perspectiva más rigurosa, analítica y fecunda para su análisis. Asimismo, las limitadas nociones sobre la cultura que hemos descrito anteriormente, actualizan la necesidad de promover el debate sobre una noción de cultura más amplia y pluralista que reivindique su rol esencial en el desarrollo humano y social. Esbozamos algunos elementos que pueden suscitar y orientar este debate.

- Partir de una concepción amplia de cultura, reivindicándola como continente del conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos capaces de caracterizar una sociedad o grupo y por tanto, como expresión integral de la vida, es decir la cultura como vida cotidiana; y, como testimonio intelectual de la misma, es decir como expresión erudita (arte, ciencia, pensamiento) o popular anónima.
- Valorar la cultura como un derecho individual y social y como un conjunto prioritario de condiciones objetivas y subjetivas íntimamente ligadas con el desarrollo de una vida más plena y satisfactoria de la comunidad en su conjunto, con la preservación y potenciación de sus rasgos culturales y de las identidades locales y regionales.
- Consolidar las manifestaciones de la cultura erudita y popular como respuesta a la hegemonía creciente del código cultural simplificado y homogeneizante de la denominada cultura de masas, en el marco de una perspectiva amplia y pluralista dirigida hacia la diversificación de las opciones de consumo cultu-

ral que permitan la práctica real del derecho a elegir y escoger.

- Vincular el desarrollo cultural con el desarrollo productivo promoviendo una mayor vinculación de lo cultural con procesos productivos en ciernes o que deberían desarrollarse en el futuro como una forma de preservar y fortalecer estos valores culturales y a la vez procurar su vinculación simbiótica con los medios de circulación y consumo, garantizando desde luego, la autonomía y la independencia de lo cultural para evitar su conversión en una simple mercancía sujeta a los cánones exigidos por el mercado.

3.3. DESCENTRALIZACIÓN Y DESARROLLO CULTURAL REGIONAL

El modelo estatal de desarrollo en el Ecuador, a más de acentuar los rasgos de centralización económica, política y administrativa y desigualdad social, ha intensificado una excesiva concentración geográfica, cuyo epifenómeno es el desarrollo macrocefálico y bipolar de las ciudades de Quito y Guayaquil, mientras el resto del país mantiene condiciones de marginalidad, desprotección y ausencia de recursos e incentivos para su desarrollo.

Estas y otras características han actualizado el debate sobre la "cuestión regional" no sólo como escenario de múltiples y complejas contradicciones en juego, sino también como opción y alternativa para potenciales procesos de desarrollo autocentrado y autosostenido, que proponen la superación del centralismo como forma del desarrollo desigual del capitalismo y su secuela de marginación y deterioro de las condiciones de vida de importantes masas poblacionales.

Sin duda han quedado rezagadas aquellas propuestas que en algún momento abogaron por la posibilidad de las autarquías regionales, pero es necesario destacar los rasgos específicos que definen este ámbito y que permiten diferenciarlo cualitativamente

de otros similares, no sólo como una cuestión económica sino como una categoría integral en la que se articulan e interrelacionan varios elementos: Naturaleza y medio ambiente- Economía y población- Sociedad y cultura, que pueden llegar a sustentar bajo ciertas condiciones, una autonomía relativa de los contextos locales y regionales respecto de sus referentes externos.

Esta opción de descentralización territorial y sociocultural es además, una afirmación cabal de la diversidad y del rescate de la heterogeneidad como alternativa a las tendencias globalizantes y homogeneizadoras.

Desde hace algún tiempo se discute la necesidad de concebir la región constituida sobre la base de la unidad histórico-cultural de las provincias de Azuay y Cañar, como un espacio singular que puede consolidarse no sólo como unidad de análisis e investigación relevante y como un área que posee evidentes aptitudes y recursos susceptibles de ser aprovechados racionalmente en una estrategia de desarrollo autosostenido, sino también como una unidad en la diversidad y como una forma de ser y actuar en los contextos más amplios de lo nacional e internacional.

En esta perspectiva, las particulares características culturales de Cuenca y la región, pueden y deben actuar como uno de los ejes generadores de una propuesta de desarrollo regional. Si aceptamos con García Canclini que la cultura es en esencia un “conjunto de procesos donde se elabora la significación de las estructuras sociales, se la reproduce y transforma mediante operaciones simbólicas”, es decir como un factor que atraviesa y da significado a toda la praxis social, es posible concluir que la tradición cultural de la región forjada en un largo proceso de sedimentación y modificaciones, debe convertirse en un elemento articulador de una reactivación económica y social de la región, en la medida en que la preservación, promoción y desarrollo de la cultura local y regional puedan ser incorporadas creativamente en los circuitos

y medios de producción, difusión y consumo y cuenta con la participación activa de los distintos agentes sociales que intervienen en ellos: comunidad cultural, organizaciones populares y étnicas, empresa privada, empresariado cultural y turístico, trabajadores culturales independientes y la institucionalidad pública.

Es necesario entonces, consolidar la vocación cultural de la ciudad de Cuenca y de la región, creando para ello las condiciones y los mecanismos más adecuados para conseguir no sólo la protección y preservación de múltiples manifestaciones y valores culturales cuya supervivencia está amenazada, sino, sobre todo, para propiciar el desarrollo de los mismos y procurar el surgimiento de nuevas perspectivas para el fortalecimiento de nuestras identidades culturales. En esta medida, la ciudad y la región podrán recuperar y ampliar su imagen y su tradición como un centro generador, receptor e irradiador de una diversa y amplia actividad cultural, como expresión de su identidad en los ámbitos nacional e internacional.

La actividad artesanal, práctica inherente a la cultura andina y al código cultural cañari, que siempre ha tenido importancia en la región azuaya como alternativa productiva para superar las limitaciones de una reducida actividad agrícola y como una de las claves de la cultura local, puede reafirmar y proyectar sus características de contenido y de forma, nutriéndose por igual de sus versiones erudita y popular. La tradición artística regional, puede consolidarse también como otra clave de nuestras identidades a través del fortalecimiento de la amplia y diversa gama de manifestaciones del arte y la creación estética y de los rasgos esenciales que conforman la vida cotidiana, salvando las barreras artificiales que separan lo erudito de lo popular, son la mejor alternativa para superar el predominio creciente de una cultura de masas que adocena, pervierte y desplaza los tradicionales contenidos estéticos de nuestra cultura.

La cultura productivo-empresarial puede reorientar su inversión y sus esfuerzos hacia propuestas productivas más vinculadas con las características culturales regionales como el turismo cultural y ecológico, la artesanía, la hostelería, la creación artística y otras similares; y puede proyectarse también, la importante tradición científica y creativa universitaria, en pos de constituir a Cuenca en una ciudad universitaria por excelencia, por ejemplo, a través de la ampliación de su oferta académica de pregrado y postgrado a nivel nacional e internacional y en general a partir de una vinculación mayor, una fusión de la actividad universitaria con los diversos elementos de la vida cotidiana urbana y regional.

3.4. DIVERSIFICAR LA GESTIÓN CULTURAL

Finalmente, es preciso abordar sin el conservadurismo que se esconde tras la defensa romántica o mitológica de un Estado social y administrativamente ineficaz o el temor artificioso a los bemoles operativos de la descentralización, las propuestas que actualmente están en el debate y que propician una efectiva desconcentración y, sobre todo una real descentralización administrativa y financiera de la gestión de servicios y acciones sociales, entre ellos la gestión cultural. No es posible negar per se la posibilidad de la transferencia de competencias del Estado hacia el poder local y regional, como instancias en las que es más posible una intermediación directa entre las necesidades colectivas y la gestión pública, de la misma manera que no es aceptable oponerse a la tesis de la descentralización de las Casas de la Cultura o del aparato administrativo cultural sin la discusión más amplia y adecuada como una dimensión válida para revitalizar la acción cultural y ampliar el disfrute de los bienes culturales y de nuevos espacios de expresión de la cultura.

La acción cultural institucional debe fomentar una participación más abierta, descentralizada de los sujetos sociales protago-

nistas del hecho cultural, por lo mismo, debe asumir el modo de ser y el estilo de vida cotidiana en la comunidad, refuncionalizando sus ámbitos característicos: el espacio laboral o cultural de trabajo, el espacio civil o cultura política, el espacio familiar y el espacio escolar que es retroalimentado por los anteriores y anticipa un patrón de comportamiento frente a las necesidades del entorno. Una efectiva descentralización de las políticas y de la gestión cultural y una mayor interacción institucional y de la sociedad civil se imponen como procedimientos operativos de los que depende un mayor desarrollo cultural.

Es evidente que hemos carecido de una fuerza cultural capaz de forjar las experiencias integradoras en base no sólo de nuestras similitudes sino sobre todo de nuestras diferencias en las cuales se sustentan simultáneamente la integración de identidades y la posibilidad de comunicación entre ellas. Es hora de empezar.